

16 de diciembre

Tercer Domingo de Adviento

PRIMERA LECTURA.

Lectura de la profecía de Sofonías 3, 14-18a

Regójate, hija de Sión, grita de júbilo, Israel;
alégrate y gózate de todo corazón, Jerusalén.

El Señor ha cancelado tu condena,
ha expulsado a tus enemigos.

El Señor será el rey de Israel,
en medio de ti, y ya no temerás.

Aquel día dirán a Jerusalén:

«No temas, Sión, no desfallezcan tus manos.
El Señor, tu Dios, en medio de ti, es un guerrero que salva.
Él se goza y se complace en ti, te ama
y se alegra con júbilo como en día de fiesta.»

SALMO RESPONSORIAL. Salmo Is. 12.

Antífona:

Gritad jubilosos: «Qué grande es en medio de ti el Santo de Israel.»

El Señor es mi Dios y salvador: confiaré y no temeré,
porque mi fuerza y mi poder es el Señor, él fue mi salvación.
Y sacaréis aguas con gozo de las fuentes de la salvación.

Dad gracias al Señor, invocad su nombre,
contad a los pueblos sus hazañas,
proclamad que su nombre es excelso.

Tañed para el Señor, que hizo proezas,
anunciadlas a toda la tierra;
gritad jubilosos, habitantes de Sión:
«Qué grande es en medio de ti el Santo de Israel.»

SEGUNDA LECTURA.

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Filipenses 4, 4-7

Hermanos:

Estad siempre alegres en el Señor; os lo repito, estad alegres. Que vuestra medida la conozca todo el mundo. El Señor está cerca. Nada os preocupe; sino que, en toda ocasión, en la oración y súplica con acción de gracias, vuestras peticiones sean presentadas a Dios. Y la paz de Dios, que sobrepasa todo juicio, custodiará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús.

EVANGELIO.

Lectura del santo Evangelio según San Lucas 3, 10-18

En aquel tiempo, la gente preguntaba a Juan: «¿Entonces, qué hacemos?»

Él contestó: «El que tenga dos túnicas, que se las reparta con el que no tiene; y el que tenga comida, haga lo mismo.»

Vinieron también a bautizarse unos publicanos y le preguntaron: «Maestro, ¿qué hacemos nosotros?»

Él les contestó: «No exijáis más de lo establecido.»

Unos militares le preguntaron: «¿Qué hacemos nosotros?»

Él les contestó: «No hagáis extorsión ni os aprovechéis de nadie, sino contentaos con la paga.»

El pueblo estaba en expectación, y todos se preguntaban si no sería Juan el Mesías; él tomó la palabra y dijo a todos: «Yo os bautizo con agua; pero viene el que puede más que yo, y no merezco desatarle la correa de sus sandalias. Él os bautizará con Espíritu Santo y fuego; tiene en la mano el bieldo para aventar su parva y reunir su trigo en el granero y quemar la paja en una hoguera que no se apaga.»

Añadiendo otras muchas cosas, exhortaba al pueblo y le anunciaba el Evangelio.

Comentario a la Palabra:

¡Alégrate!

La invitación al regocijo y la fiesta que hemos leído en la primera lectura, tomada del libro de Sofonías, podría hacernos pensar que este profeta era un hombre bien tratado por la vida, y que sus palabras son reflejo de una situación que le permite ser optimista. Pero basta leer casi cualquier otro pasaje de este libro para darnos cuenta de las terribles circunstancias que debió vivir. La alegría de la que habla no nace de la facilidad, ha sido forjada en medio de fuertes pruebas.

Lo mismo podríamos decir de la segunda lectura, tomada de la Carta a los Filipenses, una epístola que San Pablo escribió estando en la cárcel. En uno de sus pasajes deja entrever que la posibilidad de que su cautiverio termine en pena de muerte era bien real. Desde un oscuro calabozo, les dice a sus amigos, los cristianos de la ciudad de Filipos: "Estad siempre alegres en el Señor; os lo repito, estad alegres". La clave de su alegría está en la certeza de que Jesús está cerca.

Cristo viene a traernos una alegría que no podemos anticipar, será algo nuevo para cada uno de nosotros. Lo que se nos pide en este tiempo de Adviento es prepararnos para acoger lo inesperado. A Juan el Bautista acuden distintos tipos de personas preguntando qué deben hacer. El evangelio nos transmite las respuestas que dio a dos grupos.

Los publicanos eran cobradores de impuestos, una actividad que en el Imperio Romano estaba privatizada – espero no dar ideas con esto a nuestros gobernantes –. Eran odiados por un doble motivo, eran colaboracionistas del enemigo y además se aprovechaban de la situación para enriquecerse.

El otro grupo mencionado son los soldados, también al servicio de los paganos que tenían subyugado al pueblo de Israel. Juan Bautista, a pesar de ser a menudo retratado como un radical, no pide a ninguno de estos dos grupos que deserten de sus repugnantes ocupaciones y se pasen a la causa del Pueblo de Israel. Lo que les exige es bien poco: comportarse honradamente, sin utilizar su posición para enriquecerse de forma ilícita.

Nada de aspavientos o palabras grandilocuentes: un comportamiento honrado y un compartir en serio – "El que tenga dos túnicas, que se las reparta con el que no tiene; y el que tenga comida, haga lo mismo" – es la preparación que se pide para acoger al Mesías. Él ya se encargará de eliminar lo que en nosotros es insustancial, como el viento esparce la paja. Quedará lo auténtico, lo que

tiene el valor. Entonces descubriremos que lo único que verdaderamente poseemos es lo que hemos compartido.

Hace algunos años, pregunté en una celebración: "¿Qué es lo más hermoso de la vida?" Un niño de cuatro o cinco años contestó con toda naturalidad: "Compartir". ¡Sí! Estamos hechos para vivir una comunión, la alegría del que habla el evangelio nace de esta experiencia, no es sino el síntoma de que estamos realizando aquello para lo que fuimos creados.

Al inicio de este siglo, el hermano Roger de Taizé escribía: "¿Al entrar en el tercer milenio, nos damos cuenta suficientemente de que, hace dos mil años, Cristo vino a la tierra no para crear una nueva religión, sino para ofrecer a toda la humanidad una comunión en Dios?"

Cristo viene a inaugurar una fiesta, a invitarnos a que liberemos el deseo de comunión que late en cada ser humano y que puede transformar el mundo.

En situaciones de emergencia, como terremotos o inundaciones, somos testigos de gestos de una gran generosidad. Personas que en otras circunstancias se limitarían a velar por lo suyo, se descubren dándolo todo para socorrer las víctimas. Lo que sucede en estas situaciones es que dejamos de reprimir nuestra bondad y damos rienda suelta a lo más natural que nos habita: el deseo de compartir.

En esta Navidad, que vivimos en medio de esta pesada crisis, podría suceder algo similar. No hace falta tener mucho. Lo poco que damos : una ayuda a Cáritas, una tarjeta de felicitación para esa persona querida de la que hace mucho no sabemos nada, una visita a ese pariente nuestro anciano que no nos cae muy bien,... pueden ser *sacramentos* de una comunión con los que alimentar nuestra alegría, semillas de un gozo que puede relanzar nuestra vida.